

UNA ERA PARA LA CONSCIENCIA

UN ENFOQUE
MULTIDISCIPLINARIO A CARGO
DE 18 AUTORES DESTACADOS



Título: Una era para la consciencia

Subtítulo: Un enfoque multidisciplinario a cargo de 18 autores destacados

Autor: Claudio Naranjo et al.

Primera edición en España: septiembre de 2019

© para la edición en España, El Grano de Mostaza Ediciones

Impreso en España

Depósito Legal: B 19225 -2019

ISBN: 9788412017892

El Grano de Mostaza Ediciones, S.L.

Carrer de Balmes 394, principal primera

08022 Barcelona, Spain

www.elgranodemostaza.com

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (<www.conlicencia.com>; 91 702 19 70/93 272 04 45)».

UNA ERA PARA LA CONSCIENCIA

UN ENFOQUE
MULTIDISCIPLINARIO A CARGO
DE 18 AUTORES DESTACADOS

ÍNDICE

Introducción: Sobre el espíritu de la contracultura y su sueño de una nueva era	9
I. Mente global, conocimiento global - Tarthang Tulku	19
II. Una educación para trascender la mente patriarcal - Claudio Naranjo	27
III. Hacia la salud holística - Enric Corbera.....	39
IV. Volviéndonos sociales - Allan Kaplan.....	53
V. El futuro de la revolución de los derechos humanos - Alison Brysk	83
VI. La nueva historia. La transformación que compromete a Hollywood a iniciar el cambio - Sandra de Castro Buffington.....	95
VII. Estado y construcción de la paz comunitaria. El problema de la administración de justicia - Alberto Binder	127
VIII. Transformación: de la dominación a la complementariedad solidaria - Riane Eisler	147
IX. La nueva agenda de la responsabilidad social empresarial - Bernardo Kliksberg	175
X. La ciudadanía como valor - Óscar Arias.....	191
XI. Si la respuesta es gobierno, ¿cuál es la pregunta? - Joan Subirats	199
XII. Transformación interactiva del conflicto y construcción de la paz a través del diálogo profundo - Wilfried Graf.....	223
XIII. Dominando la bifurcación humanidad - sistemas - Ervin László.....	249
XIV. ¿Ha entrado la investigación científica en una burbuja especulativa? - Franco Fabbro.....	257
XV. Acerca del mundo que queremos y lo que sería necesario para que se haga realidad - Parama Libralesso	281
XVI. Síntesis y variaciones sobre la ética de la madre Tierra - Leonardo Boff	291
XVII. La lucha antisistema en la era digital - Hugo Córdova y Rubén Domínguez.....	311
Epílogo – María Cristina González	339

INTRODUCCIÓN

SOBRE EL ESPÍRITU DE LA CONTRACULTURA Y SU SUEÑO DE UNA NUEVA ERA

Claudio Naranjo

¿Cómo caracterizar la mentalidad de eso que a veces se llamó la “Nueva Era”, a veces “la Revolución de la Consciencia” o la “Contracultura”, y que se asoció primero a los *beatnicks* de California, luego a los hippies, y por último se volvió un movimiento masivo de extraordinaria productividad, del cual derivaron nuevas formas de psicoterapia y de búsqueda espiritual, movimientos políticos, una nueva ola del feminismo, la ecología y todo un movimiento musical popular asociado al rock & roll?

Si quisiéramos definir el espíritu de la contracultura más allá de sus derivados específicos (como el movimiento por los derechos civiles, la asociación de estudiantes por una sociedad democrática o la psicología humanista), podríamos decir que una característica incuestionable fue la consciencia de la perversión masiva de la “cultura” como tal, o incluso la destructividad del espíritu de la civilización occidental.

Ya Rousseau había planteado la visión de la sociedad como una aberración y como una causa de la corrupción de la mente individual de las personas, e incluso podríamos remontarnos a los cristianos apocalípticos y decir que su visión de Cristo en el mundo como crucificado ya implicaba una visión del mundo entero como una consciencia crucificadora (pues tanto el Cristo de San Juan como “voz que clama en el desierto” o la historia de Herodes como un perseguidor de los inocentes, transmitían la noción de que la verdad está, por así decirlo, cabeza abajo en un mundo antiespiritual).

Pero fue con la aparición de la contracultura en los años sesenta cuando emergió un sentir colectivo que implicaba una des-idealización de la civilización misma. Y si para los místicos antiguos la visión de Cristo como una consciencia incompatible con la del mundo constituyó parte de un saber esotérico (comparable a la noción de la “sabiduría loca” del budismo, conscientes de cómo la sabiduría debe aparecer loca en un mundo ignorante), en el curso de los años sesenta se volvió *vox populi*

que el mundo está mal, y que la cultura dominante es una especie de locura compartida de la cual más vale independizarse o des-identificarse, según el famoso llamado de Tim Leary a desentenderse del mundo de la conformidad: “Drop out”.

Precisando mejor la visión de los jóvenes de la Nueva Era, no diría que llegaron a la formulación de un alternativismo muy definido, pero sí coincidieron en una percepción crítica del autoritarismo imperante, tanto en la familia como en las instituciones, comenzando por el gobierno que, por aquel entonces, enviaba a los jóvenes a una cuestionable destrucción de Vietnam, incluyendo la limitación de los programas universitarios y expresándose incluso en la ruptura de convenciones tales como la prohibición de palabras groseras (como en el Free Speech Movement) o incluso que los estudiantes pudieran poner los pies sobre sus pupitres o sobre las mesas de la biblioteca. Y porque se percibió durante aquella época con más claridad que nunca la destructividad inherente a la familia patriarcal,¹ los jóvenes se atrevieron a discrepar de las opiniones de sus mayores más de lo que lo hacían con anterioridad, de modo que se observó un incremento del Generation Gap, y se desconfió también de las certezas de quienes hablaban en nombre de los padres de la patria o de los padres de la Iglesia. Seguramente, a partir de tal cuestionamiento del autoritarismo podemos entender la superación de diversos tabúes, como las limitaciones convencionales de la libertad sexual y la inhibición de la protesta natural ante toda clase de injusticias, ya sea de género o raza.

Pero no deberíamos definir el espíritu de la Nueva Era a partir del antiautoritarismo, o a partir de las correspondientes libertades, sino también a partir de un nuevo espíritu de búsqueda que llevó a que las personas ya no estuviesen satisfechas con las supuestas verdades que les ofrecía la cultura. Y así como Nietzsche, famoso por su afirmación de que “Dios ha muerto”, fue un profundo místico, cuyo “superhombre” no fue otra cosa más que la mente despierta y liberada, los jóvenes que se desinteresaron de los valores convencionales, lo hicieron llevados por la sinceridad de una búsqueda más exigente, que los llevó a percibir como obstáculos en su camino las respuestas banales y estereotipadas que la cultura les ofrecía. Por esto, podemos decir que el espíritu de la Nueva Era fue un espíritu neo-chamánico, ya que, característicamente, el chamánico reúne en sí la aspiración espiritual y la necesidad de sanar la propia mente.

1. Cooper.

Así como los psicoterapeutas sabemos que el proceso que puede llegar a sanar la mente es un conocimiento de la propia obscuración —que constituye algo así como un “descenso a los infiernos” que conlleva también la aceptación del sufrimiento propio de la transformación—, podemos decir que la cultura naciente de los años sesenta en California —que llegó a inspirar al mundo entero— fue una cultura de aventureros espirituales que no buscaban tanto el placer (como las autoridades supusieron, ni aun menos la evasión de la vida real) como la verdad, incluso al precio del sufrimiento personal. Y, naturalmente, también es coherente la descripción de la nueva cultura con la naturaleza de la experiencia psicodélica, que ofrece a los buscadores sinceros algo así como un descenso sanador a los infiernos y una visión de una consciencia superior; no cabe duda de que los psicodélicos constituyeron un factor fundamental en la así llamada “Revolución de la Consciencia” (porque también ha sido notable el uso de alucinógenos en la cultura chamánica; no solo la intensificación de la búsqueda terapéutica y espiritual sino el interés por los psicodélicos, se pueden considerar argumentos para la caracterización de la contracultura como neo-chamánica).

Con el tiempo, entrarían en el horizonte disciplinas científicas y gremios profesionales como los de la psicología humanista, la psicología transpersonal, y aparecería en el horizonte filosófico la noción de cambio de paradigma,² pero el fondo común de tales desarrollos fue el espíritu neo-chamánico implícito de la cultura, con su disposición a dejar de lado modelos limitados y su apertura a influencias sabias, que a su vez llevó a que la Nueva Era significara una apertura hacia las influencias orientales, tanto a través de libros que por aquel entonces se tradujeron y publicaron, como por la gradual llegada de maestros orientales de las distintas disciplinas sapienciales en el mundo.

¿Qué se puede decir de la visión positiva que los jóvenes de la Nueva Era albergaron respecto a una sociedad feliz? Creo que debemos reconocer que los buscadores de aquel tiempo no se interesaron tanto por el pensamiento formal como por haber llegado a formularlo; como ocurre con un niño que, a pesar de saber lo que no le gusta, no puede aún llegar a decir cómo querría que fuese el mundo en que vive. Y así como Leary planteaba en su famoso *dictum* (*turn on, tune in, drop out*), también los inspirados héroes de la contracultura sabían bien lo que *no* querían, y se sintieron movidos hacia una mayor justicia, hacia el pacifismo y hacia un sentimiento fraternal que los llevó muchas veces a formar comunida-

2. Thomas Kuhn.

des experimentales; además, cierta recuperación de la inocencia erótica los condujo a la innovación de formas convencionales de vida. Diría que el espíritu de la contracultura nunca llegó a encarnar en un modelo sociopolítico, o siquiera en un modelo terapéutico más que fragmentario. Solo los jóvenes de aquel tiempo sabían que debían entregarse a su propio proceso de transformación, esperando que este los llevara algún día a una mayor sabiduría. Y por eso, al abordar el tema que se me encomienda, lo hago con la actitud de quien pretende decir lo que nunca llegó a hacerse del todo explícito.

Comenzaré planteando que el espíritu de la contracultura sintió acertadamente a qué se oponía sin llegar nunca a nombrarlo, aunque debemos llegar a nombrar la naturaleza del enemigo común de la humanidad para poder entender su alternativa de forma lúcida. Naturalmente, después de los cincuenta y tantos años transcurridos desde el tiempo de la Nueva Era, nos resulta mucho más fácil hacerlo, y ya Castells lo viene proponiendo en su lúcido análisis en *Millennium*,³ al observar que lo que cambia en nuestra época de vertiginosa transformación social es fundamentalmente la desintegración de la sociedad patriarcal. En mis propios términos prefiero decir que la gran plaga de la humanidad, tan íntimamente asociada a la civilización como para que nos cueste reconocerla como tal, es la estructura patriarcal intrínseca a cada una de las civilizaciones clásicas, que se ha asociado a una determinada estructura de las relaciones humanas en la familia y también a una forma específica de mentalidad a la que llamo la *mente patriarcal*. Esta encarna ante todo en la familia patriarcal —y en la institución legal del *pater familias*, que la ley romana formalizó, aunque seguramente había existido ya desde tiempos inmemoriales—, en la que el padre es el dueño de la mujer y de los hijos.

Pero ya es hora de que nos demos cuenta de que, cuando se establece entre seres humanos una relación de propiedad, desaparece eso que Buber ha llamado la relación Yo-Tú; y por lo tanto, donde el padre es el dueño de la mujer no puede haber relación propiamente tal, o, si se quiere, relación sana, pues una relación de propiedad entraña violencia. Y donde hay violencia contra los niños, queda abortado el desarrollo humano, y la sociedad pasa a estar constituida por personas inmaduras.

Dos ordenes de represión operan en la familia patriarcal: la represión que ejercen los padres sobre los niños y la represión del hombre (apoyado por el consenso social) sobre la mujer. Por extensión, podemos decir

3. *End of Millennium*. La era de la información Vol. III.

también que en cada uno de nosotros el aspecto masculino de la mente, asociada al intelecto, desvaloriza y explota a la parte materna, que se orienta a la empatía y al cuidado, y también inhibe, criminalizando, a nuestro “niño interior”, que es la voz de nuestros deseos. Además, para que se pueda sostener un orden tan injusto y anormal es necesario que se pierda consciencia de tal aberración; y para ello debe operar ese oscurecimiento de la consciencia que los teólogos y las tradiciones sapienciales de oriente han llamado “ignorancia”.

No me explayaré aquí sobre cómo pudo originarse este orden tan anormal al que los estudiosos de la mitología se refieren como la “caída del hombre”, más allá de mencionar que la teoría más plausible acerca del misterioso reto al que respondieron las civilizaciones fue que el calentamiento de la Tierra, después del tiempo del derretimiento de los hielos de la última edad glacial, llevó a una disminución de la productividad de los terrenos en que se asentó la cultura sedentaria neolítica original. Al no ser esta suficiente para alimentar a sus pobladores, estos se vieron obligados a migrar en busca de recursos, volviéndose depredadores, por lo que esta interpretación equivale a plantear que somos descendientes de esos “bárbaros”, y que nuestra civilización es una forma auto-idealizante de barbarie que desconoce su propio bandidaje al llamar “bárbaros” a “los de más allá”: las facciones enemigas en una lucha de cada grupo contra los demás por el poder, tal como sigue siendo el caso hasta nuestro tiempo entre las naciones.

En síntesis: nuestra condición patriarcal y civilizada se originó, como la neurosis individual, en una antigua situación traumática, y se acompañó no solo de progresos tales como la escritura, los grandes centros urbanos y los templos, sino también de esclavitud, inequidad, violencia y deterioro ético. Aunque podemos pensar que al comienzo se tratara de un patriarcado benévolo liderado por sacerdotes (como los más antiguos faraones), ya conocemos la historia de cómo el patriarcado religioso se transformó en un patriarcado militar y, luego, en un patriarcado fundamentalmente económico, en que la autoridad violenta es menos visible.

Volviendo al tema de la contracultura, entendida como una reacción del siglo xx contra el espíritu patriarcal, ¿no podría decirse que estuvo implícita en tal repudio una crítica a la dictadura de lo económico? Ciertamente, tuvo una influencia sobre la “nueva izquierda” de la época no solo Marcuse (portador de la herencia combinada de Marx y Freud que caracterizó la escuela de Frankfurt), sino también un anticapitalismo nuevo y popular intrínseco a la contracultura, que fue inspirado por una percepción de primera mano sobre el carácter voraz y explotador de lo

que comenzó entonces a llamarse el “establishment” que, a su vez, inspiró las iniciativas de experimentación política comunitaria, típicamente colaborativas y ajenas al espíritu de lucro. Por ello, aunque tales iniciativas fuesen más prácticas que teóricas (en tanto que la formulación de una ideología crítica a la noción del “*homo economicus*” debiese esperar a Hanna Arendt), podemos afirmar que también la idea de que debemos despedirnos del modelo económico de la vida y de la sociedad si queremos recuperar lo humano, fue parte del sueño de la contracultura, por más que la reafirmación posterior del conservadurismo esté aún muy lejos de haber entrado en la cultura.

En síntesis, la percepción del *establishment* o sistema del mundo como violento, ávido de lucro, explotador, machista, no solidario y represivo, generó iniciativas pacifistas, solidarias y libertarias; pero diría que la contracultura no se interesó tanto en darle forma intelectual a su sueño de una nueva era en la medida en que se sintió que la Nueva Era estaba ya amaneciendo, por lo que se llamó la “Revolución de la Consciencia”, y debido también a una fe en que la nueva consciencia de las juventudes cambiaría el mundo de una manera independiente de toda política. En otras palabras: una convicción en que la transformación individual sería la clave de la transformación colectiva.

Recuerdo que ya hacia las postrimerías de la Nueva Era, a mediados de los años setenta, asistí a una de las reuniones anuales de la Asociación de Psicología Humanista celebrada en Toronto, durante la cual alguien aludió a la situación de nuestra época como un nuevo cruce del mar Rojo (en alusión al viaje interior que lleva a las personas de “esta orilla” a la otra orilla del despertar espiritual y su encuentro con una realidad más profunda) que ya no podría seguir siendo solo el camino solitario de unos pocos místicos o chamanes en cada generación, y que así como en el texto del Éxodo bíblico una multitud debió seguir a Moisés en el cruce del mar Rojo, hoy en día, también será necesario para el advenimiento de una sociedad sana que una multitud de personas haga la gran travesía de su transformación personal.

También recuerdo que en esa misma reunión Willis Harman comparó a la generación de buscadores de ese tiempo a las células imaginales que en el curso de la metamorfosis de una mariposa determinan la estructura del organismo adulto que emergerá de la crisálida; y podemos preguntarnos si acaso este proceso de transformación silenciosa de muchos no ha estado operando en la evolución de la sociedad pese a la brutalidad creciente de la política y el fracaso paulatino del orden económico.

Pero al asegurar que la contracultura no llegó a precisar que el *establishment* no era otra cosa que el espíritu de la sociedad patriarcal, he querido preparar el terreno, por así decir, para afirmar que, una vez que comprendemos que el espíritu patriarcal ha constituido el fondo de nuestras patologías individuales y colectivas, tal perspectiva seguramente podrá servirnos a manera de trampolín para concebir con más precisión cómo pudiera ser una sociedad sana o alternativa. Y como punto de apoyo para tal reflexión acerca de una sociedad sana, me parece especialmente importante lo que hemos llegado a comprender acerca del *proceso de transformación sanadora de la mente patriarcal individual en una mente equilibrada y plena*, que no es otra cosa que una mente que ha recuperado su integridad a través de la superación de su fragmentación limitante.

He planteado que en la mente patriarcal opera una doble represión análoga a aquella que se da en la familia tradicional, en la cual el patriarca desvaloriza y explota, por una parte, a la mujer y, por la otra, a los hijos. Dicho en términos neurofisiológicos: nuestro hemisferio intelectual racional, al servicio del espíritu paterno dominante de nuestra sociedad explotadora y violenta, ha llegado a eclipsar tanto nuestra aptitud maternal solidaria y empática (hoy asociada al sistema límbico que hemos heredado de nuestros ancestros mamíferos) como nuestro cerebro primitivo instintivo reptiliano; y, además, hemos perdido el navegador interno que es la voz de nuestro hemisferio cerebral intuitivo, que podría informarnos de que vamos por mal camino; pues tanto creemos hoy en día a la ciencia que somos incapaces de ver lo obvio a menos que nos lo ratifiquen los académicos en forma análoga a como antes de la edad del racionalismo se buscaba la aprobación eclesiástica.

Pero hemos ido comprendiendo, a través de la era de la psicoterapia y de la búsqueda espiritual que alcanzó su auge en los tiempos de la contracultura, que el proceso de recuperación de la salud es uno de reintegración intrapsíquica que nos va llevando a la condición de seres que no solo saben pensar racionalmente, sino que han recuperado su potencial amoroso o compasivo, la capacidad de obedecerle a su sana sabiduría instintiva y también la intuición de estar o no bien encaminados en nuestro proceso de desarrollo psico-espiritual.

Este modelo podría aplicarse también a la transformación posible de la sociedad patriarcal en una sociedad tri-unitaria, fundada en nuestra naturaleza trina como tri-cerebrados, en que el instinto, el afecto y la razón se asocian a tres sub-personalidades comparables a las de la familia biológica. Pero ¿cómo sería esa sociedad sana en que ya no imperen los

valores rapaces y violentos del orden patriarcal sobre los valores matrísticos ni sobre el aspecto filial o instintivo de nuestra naturaleza? Basta con formular esta pregunta para relativizar la respuesta implícita de muchos que han imaginado al paso atrás al espíritu matrístico como una vuelta al paraíso perdido. En realidad no tenemos evidencia de que la era matrística de nuestra vida colectiva nos haya reportado una felicidad estable, y los indicios de que haya habido problemas con la tiranía de grupo se encuentran en la mitología, que celebra, por ejemplo, a Perseo en su triunfo sobre la paralizante Medusa.

Erich Fromm ha imaginado que en cierto momento de la prehistoria los hombres debieron de librar una revolución contra la superestabilidad del mundo materno, al que describe como uno de unión incestuosa y paralizante con la Tierra, y hay quienes piensan que ya el neolítico con su sedentarismo y la domesticación de los animales constituyó el comienzo de nuestra “caída”, pues, al apropiarnos de un territorio, afirmamos un principio de propiedad que llevaría a incontables complicaciones, y también porque la domesticación de los animales nos condujo a la domesticación de nuestros hijos. Hay, además, indicios arqueológicos de que no todos estuvieron felices con el paso a la vida sedentaria, y la humanidad arcaica parece haberse dividido entonces entre los matrísticos-comunitarios y los que prefirieron la libertad y la independencia de la vida nómada, en que cada individuo preservaba una mayor libertad.

Volver al espíritu pre-comunitario sería volver a la anarquía, y este es otro ideal que algunos defienden como principio de una sociedad alternativa. Pero ¿no sería posible que, así como en el modelo republicano concebido por Montesquieu (en que el poder ejecutivo, el legislativo y el judicial se equilibran protegiéndonos de sus posibles excesos), pudieran equilibrarse en una sociedad sana el principio anárquico de la voluntad individual, el principio de colaboración tribal y el principio de autoridad jerárquica?

Los anarquistas de hoy dicen que la autoridad es demasiado peligrosa, pero ¿no es peligrosa también la tribalidad democrática, con su implícito imperio de la mediocridad, e igualmente peligroso que la anarquía se pueda convertir en un individualismo voraz? Me parece conveniente considerar que cada uno de los tres tipos de gobiernos que la humanidad ha conocido tiene un potencial sano y una posibilidad de degradación, y así como una buena anarquía es una en que el individuo, llevado por una intuición superior, sabe encontrar su lugar en el orden social de manera análoga a como el instinto opera a la perfección en una colmena de abejas, el trauma que la especie humana ha conocido desde su expe-

riencia de hambre colectiva durante la última edad glacial ha alterado la posibilidad de esa sana anarquía por el desarrollo de una voracidad que, como fantasma de un hambre milenaria, sigue haciendo que los humanos seamos algo así como cripto-caníbales.

Lo mismo puede decirse de la tiranía tribal, que puede ser sana cuando *vox populi vox dei*, o enferma por el efecto limitante de la conformidad que caracteriza los fenómenos de masas. Y no solo en grupos grandes parece tener lugar un empobrecimiento de la mente individual, como ya observaba Cicerón al decir que cada senador romano era una gran persona, pero que el Senado en su conjunto se comportaba como un idiota. ¿Y qué decir del gobierno central jerárquico y autoritario? La historia nos ha dado ejemplos de tiranos benignos y tiranos destructivos en su odio o en su ebriedad de poder. En principio, entonces, la idea de un gobierno heterárquico, en que estén conjuntamente presentes la voz de la libertad individual, la voz de la comunidad y la voz de la sabiduría de los líderes elegidos, podría constituir una situación en que cada una de tales voces pueda ser estimulada a mantener una forma de expresión sana.

Hoy en día, la tentación de querer liberarnos de la autoridad paterna, que tan destructiva ha sido durante tanto tiempo, ha llevado a que los jóvenes “indignados” se hayan inclinado por lo que pareciera una opción anárquica. Pero creo que debemos tomar en cuenta la experiencia terapéutica con grupos, en que se ha mostrado que los procesos de auto-organización grupal son muy lentos, y que la presencia de un facilitador tiene un claro efecto catalítico sobre el proceso sanador. La respuesta teórica, entonces, me parece que no deba ser el rechazo a la autoridad sino su recontextualización, tomando las medidas de seguridad necesarias para la prevención de su degeneración en despotismo violento.

Pero para terminar ya con esta breve tesis de que la alternativa a la sociedad patriarcal no sea una sociedad matrística ni una sociedad anárquica, sino una sociedad heterárquica, quiero enfatizar mi convicción de que, para que ocurra la transformación de la sociedad, nada importará más que una “Política de la Consciencia”; es decir, una política que deje ya de desentenderse de los valores éticos pero que, más allá del moralismo represivo y autoritario, se interese por las virtudes fundadas en el desarrollo humano sanador. Dada tal voluntad política de fomentar el desarrollo humano, no importará tanto que podamos construir una sociedad alternativa de acuerdo a un plan preciso, sino que sepamos encaminarnos a ella, dejando que tal sociedad feliz emerja de nuestra realización colectiva personal o “nos llegue”, como el Apocalipsis de San

INTRODUCCIÓN

Juan describe que la estructura precisa de una “Jerusalén Celeste” desciende sobre la humanidad.

Termino estas paginas con una afirmación de mi propia fe, de que así como la transformación individual pasa por una muerte del ego (que es algo así como una quiebra interior y una renuncia a una forma obsoleta en que fuimos condicionados por las circunstancias tempranas de nuestra vida), y culmina en el renacimiento a una vida nueva; así también en el mundo social debemos estar preparados para comprender que seguramente atravesaremos por un proceso análogo de muerte y renacimiento colectivo; o, dicho de otro modo: debemos esperar que la crisis ya avanzada de la sociedad patriarcal no constituya algo puramente negativo, sino como algo indispensable al surgimiento de la sociedad sana que esperamos. Y por eso suelo decir que “nuestra esperanza está en nuestro naufragio”.